

largo rato sin reparar en que el sol iba acercándose á toda prisa y tiñendo los cielos de púrpura.

—En fin—exclamó Paco Marcial,—yo necesito disipar tus temores y saber de una vez el nombre de ese majo que tan mal me quiere.

—Eso no te lo diré nunca—repuso la joven—por que no es preciso, y he de hacer cuanto esté de mi parte para que tú y ese mal bicho no tengáis un encuentro.

—No seas caprichosa: dime su nombre.

—¿Es Enrique?

—No.

—¿Es Manolo, el Perchelero?

—Tampoco.

Y como los ojos de Milagros rimbeasen bajo la mirada zahorí de Marcial, el mozo añadió:

—Sí, es Manolo... tu cara me lo está diciendo. Pues bien, yo me las arreglaré de modo que ese mala lengua no vuelva á hablar.

Ya se dirigía hacia la puerta, cuando Milagros le detuvo:

—No, Paco; no, Paco de mi arma... no busques á ese gitano, que, ¡tú me venozas la sangre, y hace daño hasta escupiendo!

Entonces, viendo que no tenía otro remedio, lo refirió todo. El Perchelero la recomendaba de amores desde mucho tiempo atrás, y como su pasión aumentaba con los desdenes que recibía, y ella, por su parte, jamás le dio la menor espezanza, el desahogado mozo había jurado vengarse espantando á cuantos gitanos osaran acercarse á la raja de Milagros.

—Pues á mí, ese... no me asusta—repuso Paco Marcial con la espartana concepción de los hombres bien templados.

—Desoye la voz del amor propio—interrumpió Milagros—y no busques trifolios. Si acaso te hablase de mí, dile que no me quieres, que no somos novios... Estate así venir por aquí unos cuantos días.

Y agregó extendiendo el brazo con ademán profético:

—Guárdate, Paco... Mira que el Perchelero es un traidor, mira que nos quiere mal y que es un hombre que nunca mira de frente. Mira que en la taberna se ha atrevido á decir unas cosas que cuando las supe me dieron temblores de caravana.

—Te juro—replicó Marcial con voz sorda y dirigiéndose tranquilamente á la portecilla de la puerta,—que eso, el Perchelero no me lo dice á mí.

Y sin atender á otras observaciones, se marchó.

Bajaba la calle contoneándose garbosamente y con las manos metidas en los bolsillos de la iroera, cuando al revolver la esquina topóse de manos á boca con Manuel.

—Oye, Paco.

—¿Qué quieres?

—Es cierto que estás en relaciones con Milagros?

—Sí.

—¿Y no sabes que yo también la quiero, y que soy muy capaz de echar al aire las tripas del primer arrastrao que se atreva á poner los ojos en la mujer que yo llevo sobre mi corazón como si fuese una Virgen de los altares?

Los dos hombres se midieron con la vista.

—Y tú no sabes, Manolo—repuso Marcial,—que aún no nació el padre del guapo que me obligue á volver la cara!

—¿Vamos á verlo?—repuso el Perchelero haciendo con la cabeza un gesto de desafío.

—Vamos.

—¿Dónde?

—Donde tú quieras. Detrás del cementerio, si te parece.

Y echaron á andar. Paco Marcial iba delante, titubeando los hombros, esbelto y gallardo. El Perchelero le seguía, caminando con su paso firme y pausado de hombre fuerte.

Era un mocetón alto y membrado, de rostro atezado, nariz corva y ojos ardientes. Había estado tres años en el penal de Cartagena, á donde le llevaron por haber muerto en desafío á un arriero, y gozaba fama en el pueblo de ser hombre provocador, esmoirista y llamado atrás.

Paco Marcial, entre tanto, continuaba su camino tranquilamente, sin curarse de volver el rostro, como quien mucho fía de la nobleza y acendrado valor de su enemigo.

Al pasar por delante de la ermita situada junto á la puerta del cementerio, vieron que algunos devotos madrugadores se disponían á oír la misa que un sacerdote iba á rezar por el eterno descanso de un difunto que acababan de traer.

—Espérame aquí un momento—dijo Paco volviéndose bruscamente—salgo enseñada.

Y entró en la iglesia. Manuel permaneció atónito, pareciéndole que aquel entiero y aquella misa eran de malísimo agüero, y su alma supersticiosa de andalúz se estremeció con un calofrío de terror.

Conforme el tiempo corría, el medroso desasosiego del Perchelero aumentaba; cuando Marcial reapareció, el antiguo relicto de Cartagena estaba un poco pálido.

—Estoy á tu disposición—dijo Paco;—vamos á matarnos.

Y como Manolo no respondiese, Marcial agregó:

—Anda... Tengo ganas de que me repitas las amenazas que contra mí lanzastes en la taberna... y de coserte los hígados á puñaladas... Si te mato, bueno; si me matas... igual, no me importa... Porque, ya ves, he oído de *radijas* la misa que un cura acaba de decir por la salvación de ese *pobrecito* que yecan á enterrar.

El Perchelero dió un paso atrás.

—Yo no peleo contigo—dijo.

—¿Tú me miedas?

—Sí... sí, tengo miedo... Ya sabes que soy valiente, pero yo no río contigo. Perdona... ¡Yo no puedo reír con el hombre que, antes de batirse con otro, oye misa de difuntos!

JOAQUÍN SERRA.

Estación Enológica de Ciudad Real

Ensayos de una binadora.—Sus ventajas.—Ofrecimiento gratuito.

Insistiendo en mi propósito de mejorar el cultivo de la vid con la introducción de prácticas útiles, poco conocidas, á la reforma de las que en la actualidad se emplean y son susceptibles de perfeccionarse, adquirí el pasado invierno una binadora para dar labores superficiales á los viñedos, y como oportunamente se anunció fué ensayada el 18 del actual con feliz éxito, en este Centro, á presencia de varios agricultores, y el 15 se repitió el ensayo en el campo de la Guija, de la propiedad de don Antonio Arroyo.

En interés de los que desconocen las ventajas que reúne dicha máquina, juzgo oportuno enumerarlas.

Sirve especialmente para dar á los viñedos las últimas labores; exige una sola caballería que la mueve por medio de un horcate, y como lleva tres rejas, abre otros tantos surcos, labrando diariamente una hectárea de viñedo ó sea poco más de fanega y media, siempre que el terreno haya recibido las correspondientes labores de invierno.

Su trabajo resulta económico, pues valorando la obra de la caballería y el gaján que la guía en pesetas 450, sale la fanega labrada con ella á menos de 3 pesetas, mientras que con el arado común tirado por una yunta, cuesta próximamente tres veces más.

El trabajo que ejecuta es perfecto cuando se gradúan bien las rejas, deja removido el suelo y extirpadas las malas hierbas, y como sólo necesita una caballería para su tracción, se maneja fácilmente, causando poco daño á las cepas, aunque la vegetación se halle adelantada.

Esta última ventaja tiene excepcional importancia, porque permite dar á los viñedos labores tardías que limpian el suelo de malas hierbas y rompen la costra que hayan podido formar las lluvias, lo cual disminuye la evaporación de las tierras, conservando éstas más humedad.

La binadora es de sólida y sencilla construcción, y su fácil manejo lo aprende pronto el gaján menos listo, si tiene buena voluntad.

Los agricultores que deseen comprobar sus beneficios efectos, pueden conseguirlo ensayándola en sus tierras, para lo cual les ofrezco gratuitamente el ejemplar que posee este Centro, en donde además se enseñará el manejo de dicha máquina agrícola á cuantos quieran aprenderlo.

El Director,

J. M. MARTÍ.

Ciudad Real 16 de Junio 1903.

EL ESPEJO

La invención del espejo es de las más antiguas, quizá la más antigua de todas las invenciones. El espejo vino al mundo con la primera mujer. Mito nos presenta en el Paraíso á Eva mirándose en el cristal de una fuente. ¡Y eso que todavía no había conocido á otro hombre que Adán!

Esta clase de espejo era barata. No tenía más inconveniente sino que había que inclinarse para verse, y la postura resultaba molesta. Es posible que, lanzada del Paraíso, Eva le exigiese á Adán que llevara consigo una fuente para que ella pudiera mirarse siempre que se le antojara.

Lo cierto es que entre los pueblos de la más remota antigüedad se conocía el espejo. Sólo que este no era de cristal. Los espejos de cristal pertenecen á una época relativamente moderna.

En los sepulcros egipcios han sido hallados objetos de metal que por su forma indicaban haber servido de espejos. Probablemente los egipcios creían que la momia de mujer no podía estar tranquila si no tenía un espejo al lado.

Entre los judíos se usaban espejos de igual clase. La Biblia dice que el mar de bronce del Tabernáculo fué fabricado con los espejos de las mujeres. Esta debió ser la prueba más fuerte á que sometió Moisés al pueblo elegido. ¡Dejar á las mujeres sin espejo! Verdad que no las dejaría á todas. Esto habría provocado una sedición.

Los griegos y romanos usaban espejos de una mezcla de cobre, antimonio y plomo, á la cual sabían dar una superficie muy pulida que reflejaba muy bien las imágenes. Las personas ricas dadas al lujo los usaban de plata. Algunos dicen que también de oro; pero éstos toman sin duda la parte por el todo, es decir el marco por todo el espejo. Aquellos pueblos consideraban el espejo como inseparable de la mujer hermosa.

Estos espejos servían en un principio únicamente para el tocador. Eran pequeños, de forma elíptica y con un mango para que los tuviese en su mano una esclava, mientras que la señora arreglaba su cabellera y ponía el carmín en sus labios. El colmo de la galantería era entre los romanos, según nos dice Ovidio, que el amante sostuviese de rodillas el espejo de su amada, mientras ésta atendía al embellecimiento de su persona.

Los espejos de gran tamaño fueron también usados en Roma, y á veces servían para el adorno de las habitaciones. Estaban enclavados en la pared, y todos los días había que limpiarlos cuidadosamente; por lo cual, al lado de cada uno había un pedazo de piedra pómez y una esponja.

En la Edad Media, para que todo fuese característico de aquella edad de hierro, los espejos eran de acero, por ser este metal el que se trabajaba mejor.

Pero ¿es que no habían observado los

Sobre el arco que mira hacia la Villa de la Puerta, la fecha está grabada; las armas de León y de Castilla se ostentan en el otro arco de entrada. El «ataurique» en varias partes brilla y por doquiera ofrécese cuajada de bellezas sin fin desde el cimientto, al arco que termina el Monumento.

Aún atestigua su misión guerrera; su antiguo empleo al ascender se advierte por la revuelta y lóbrega escalera que componen tres tramos hasta el fuerte. Aún huellas deja ver de la trinchera que tantas veces vomitara muerte, y en la piedra del muro ya maltrecha vestigios hay de la traidora fecha.

Con capillos de fierro y con lorigas en un tiempo los bravos «Cuadrilleros», esperaron las huestes enemigas ocultos tras los breves miraderos. Y en las horas de lucha y de fatigas mil asaltos feroces resistieron, y las huestes que manda Calatrava nunca en sus muros su bandera clava.

¡Insignes primitivos moradores!
¡Artífices que alzastéis nuestros lares!
¡Aún vemos vuestras mágicas labores
al través de períodos seculares!
Vuestros genios del arte adoradores
después de una epopeya de pesares,
dejan tales vestigios de belleza
que ante ellos inclinamos la cabeza.

Los que visteis la espléndida mañana,
de la vida del pueblo como hermanos
y le disteis belleza soberana
al impulso común de vuestras manos
en amante familia, la cristiana
con hebreos y moros africanos,
¡por qué rompiendo los primeros lazos
luego inhumanos os hacéis pedazos?

Antes que empiece la interior batalla
y temiendo más bien á los de afuera,
al pueblo manda el Rey que haciendo vaya
la cerca que la Villa defendiera
y emplea á levantarse la muralla
(del siglo trece en los promedios era)
que por ella se encuentre defendida
si es la «grad Villa é bona» acometida.